

Nuestras antiguas rabias*

La biosfera no termina donde se rinde la luz.

G. Evelyn Hutchinson, *La biosfera*.

A veces, amigo mío, te has maravillado de la gran afección de mi carácter. Más esa es la temperatura de mi alma. No es la vivacidad de la juventud, el apogeo de la existencia. Hace años que me he empeñado en calmar una marea tempestuosa, trabajando para hacer que mis sentimientos siguieran una ruta ordenada. Era luchar contra el río.

Mary Wollstonecraft, *Cartas*.

Supimos de una mujer que estaba fuera de sí. Supimos que se guiaba por sus sentimientos. Que sus emociones eran violentas. Que era impetuosa. Que violaba la tradición y pasaba por encima de las convenciones. Que sin duda alguna su vida no debía servir de ejemplo para nosotros. (*La vida del plancton, leía ella en un libro sobre la vida de la tierra, depende de la turbulencia cuando su vida en el arroyo de las ideas recién nacidas. Por ejemplo, tuvo un hijo fuera del matrimonio, nos dijeron. Por ejemplo, se negó a casarse. Por ejemplo, caminaba por las calles sola, donde las damas jamás andaban, y debemos prestarle poca atención, no obstante el fulgor de sus palabras. (Ella leía que el plancton es un poco más denso que el agua). Porque ella no respetaba las fronteras, nos dijeron. Y cuando su padre amenazaba a su madre, ella les interponía su propio cuerpo. (Que por este mayor peso, el agua se va hundiendo hacia las aguas más profundas). Y ella se metía en donde no debía, hasta en el matrimonio de su hermana. Y porque imaginaba que su hermana estaba sufriendo como había sufrido su madre, sacó a su hermana de aquel matrimonio. (Y que estas aguas más profundas proveen nuevas fuentes de alimentación). Que a ella le movía la pasión. Sentimiento no consciente, que permitía que emociones profundas y turbadas controlaran su alma (Más si el plancton sigue hundiéndose, como haría en aguas más tranquilas, ella leía). Decimos que a su pasión, ella traía lucidez (se sumerge alejándose de la luz, y es sólo la turbulencia del mar, ella leía) y a su visión, ella entregaba la sustancia de su vida (que arroja el plancton de nuevo hacia la luz). Por la manera en que sus palabras iluminaban su vida decimos que le tenemos gran respeto. Decimos que hemos escuchado su voz que pregunta, "¿De qué materiales puede estar compuesto el co-*

razón de manera que puede derretirse cuando lo insultan y en lugar de rebelarse contra la injusticia, besar la vara?" (Y ella comprende que sin luz, el plancton no puede vivir, y de las páginas de este libro también lee que la vida animal de los océanos, y por lo tanto nuestra propia vida, dependen del plancton y asimismo de la turbulencia del mar para poder sobrevivir). Y por sus palabras arribamos a nuestras propias vidas, y nos agobian los sentimientos que durante tanto tiempo mantuvimos bajo la superficie. Y desde lo que es oscuro y profundo dentro de nosotros, decimos, la tiranía nos repugna; no besaremos la vara.

Cataclismo

hemos dado hasta que ya no nos queda nada que dar; qué pena, era compasión y no amor lo que dábamos; ahora habiendo dado todo, dejémoslo todo; sobre todo dejemos la compasión, y elevémonos al amor-resurrección.

H.D., *La vara floreciente*.

Me llaman por mil nombres, revelándose.

Terremoto, te contesto, inundación y volcán fluyen-la Advertencia.

Esto para recordarte que soy la Anciana que tiene la Llave en la mano, la Bruja a quien todo vuelve.

Robin Morgan, *La red de la madre imaginaria*.

Esta es la historia que nos cuentan sobre la montaña. Que un día repentinamente y sin causa empezó a arrojar fuego. Que aquellos que vivían confiadamente a su lado fueron inmovilizados por la ceniza ardiente que echaba, que sin aviso alguno salió de ella una muerte terrible que paralizó una ciudad entera. Que en ese momento en que ella eligió embestir, estaban preparando con comida las mesas y la vida cotidiana continuaba inocentemente. Así que cuando nos muestran la forma de un perro cuya agonía se conservó para siempre en esta ceniza, descubri-

Traducción de Myriam Adelman

* Escritora feminista norteamericana autora de *Pornography and Silence*. Artículo tomado de *Woman and Nature. The Roaring inside her*. Harper & Row Publishers. 1978.

mos porque no nos podemos confiar en ella.

Le pidieron que compadeciera su desdicha. Le contaron que les resultaba difícil llorar. Que siempre se les había pedido dominio de sí. Dijeron que no conocían otra vida más que esa que se les había enseñado. Y que por lo mismo no eran los responsables de lo que hacían o decían. Que tales cambios como los que ella les exigía eran imposibles. Que sus cuerpos no podían ser de otra manera. Que uno no puede cambiar de la noche a la mañana. Que esas cuestiones de las que ella hablaba con tanta franqueza eran sutiles y complejas. Que tenía que ser más paciente. Que los hacía sentirse culpables. Que la culpa los inmovilizaba. Ella los estaba haciendo llorar, dijeron: "compadécete de nosotros". ¿No se daba cuenta ella de que habían hecho un esfuerzo? ¿no se daba cuenta de que les estaba pidiendo demasiado? Sé justa: "eres poco sensata", le dijeron. Mas ella les contestó, "no es la primera vez que ustedes me lo dicen".

Pero con todo, bajo esta capa de ceniza, convertida en lodo por la lluvia y luego sacada por el sol durante siglos, hallamos otra historia. Descubrimos que la ceniza no vino de repente ni de una sola vez. Sino que primero apareció una nube negra en el cielo sobre la montaña. Y que después la ceniza cayó sobre la ciudad durante dos días; el cielo se oscurecía y la ceniza se iba amontonando cada vez más. Aquellos que parecieron no quisieron irse, sino que optaron por quedarse en casa a vigilar sus posesiones; que el perro que murió agonizando estaba encadenado a la puerta; que aquéllos que murieron, murieron luchando por respirar, envenenados por los vapores, que sólo en el último momento debieron haber querido huir, sólo en ese momento creyeron en el poder que tenía la montaña para cambiar sus vidas.

Y ella dijo que estaba cansada de este viejo diálogo. Que cada vez que escuchaba ese llanto, dijo ella, de culpa, cada vez que los escuchaba rogar paciencia, las mandíbulas se le cerraban. Entonces sentía enrojecer el rostro y su columna se ponía rígida. Tenía la certeza de estar a punto de estallar. Sí, dijo ella, se había puesto muy insensata. "Y no quiero escuchar ya" ladró, "sus razones". De paciencia, gruñó, ya bastaba. "¿Saben ustedes cuál ha sido el precio de esta paciencia?" gritó. Este diálogo ya se acabó, aulló, y juró que el viejo drama no volvería a representarse. "Ya no les tendré lástima", dijo. Ya no sentía lástima, rugió.

Buscando debajo del volcán, debajo del piso del océano, trazando los movimientos y la historia de los movimientos de la tierra, le encontramos causa al fuego. Decimos que debajo de la tierra hay roca que fluye. Decimos que esta roca que fluye sube a la superficie, y decimos que la roca en la superficie se va hundiendo hacia el centro de la tierra, haciéndose líquido y luego endureciéndose y luego haciéndose líquido otra vez. Y también decimos que hay fracturas en la superficie de la tierra, lugares donde las profundidades se descubren, y es en estos lugares fracturados donde la roca se transforma, y la superficie de la tierra es hecha. Cuando el cambio ocurre, decimos, y donde la tierra es renovada, encontramos los volcanes.

Y entonces su ira crecía. Relampagueó en ella como el fuego. Hizo más que sacudirla. Ella pensó que la consumía. Pero ella estaba iluminada por su rabia, brillaba de furia. Y aunque seguía temblando, un día descubrió que había sobrevivido al incendio. Y después de un rato llegó a comprender esta ira-por-tanto-tiempo-negada como una bendición.



Alfonsina Storni.

Y así también aprendemos que los arrecifes de coral se hicieron cuando los corales se fijaban a las bases de los viejos volcanes, erosionados por el mar. Y que la lava que fluye de los volcanes, decimos, se convierte en un suelo rico donde crecen bosques exuberantes.

Consecuencias (lo que siempre retorna)

Y rezo una oración —la repito hasta que mi lengua endurece. Catherine Earnshaw, ¡que no descanses mientras yo viva! Dices que te maté. ¡Embrújame entonces! que... estés siempre conmigo, toma cualquier forma, házme enloquecer ¡Más no me dejes en este abismo donde no te puedo encontrar! ¡Dios mío! Es imposible de enunciar. No puedo vivir sin mi vida. No puedo vivir sin mi alma.

Emily Bronte,

Cumbres Borascosas.

Haber arriesgado tanto en nuestros esfuerzos por amoldar la naturaleza a nuestro antojo, y sin embargo haber fracasado en llegar a nuestra meta sería indudablemente la ironía última. Mas parece que es justa ésta nuestra situación.

Rachel Carson,
Primavera silenciosa.

Decimos que no puedes desviar un río de su cauce. Decimos que todo se mueve, y que somos una parte de este movimiento. Que el suelo está en movimiento. Que el agua está en movimiento. Que el suelo está en movimiento. Que el agua está en movimiento. Decimos que la tierra atrae el agua desde las nubes. Decimos que la tierra atrae el agua desde las nubes. Decimos que las nubes se separan sobre cada lado de la montaña, como la raya de nuestra cabellera, y que la forma de la montaña muestra por donde ha pasado el agua. Decimos que esta agua deslava el suelo de las laderas, que los ríos se llevan los sedimentos, que la lluvia cuando salpica se lleva pequeñas partículas, que el suelo mismo fluye con el agua en arroyos subterráneos. Decimos que el agua es absorbida por las raíces de las plantas, hacia los tallos, que cae desde las colinas hasta los ríos, que estos ríos fluyen hasta el mar, que desde el mar, en la luz del sol, el agua sube hasta el cielo, que esta agua es transportada en las nubes, y retorna como lluvia, retorna como niebla, como rocío, como la humedad en el aire.

Decimos que todo retorna. Y no puedes desviar el río de su cauce. Decimos que cada acto tiene sus consecuencias. Que este lugar fue formado por el río, y la forma de este lugar le indica al río por donde seguir.

Decimos que él hubiera sabido que sus acciones tendrían sus consecuencias. Decimos que nuestra sentencia fue que cuando ella levantó ese rifle, mirando hacia él, y disparó, ella estaba actuando en base a lo que había sucedido antes. Decimos que cada acto se vuelve sobre sí

mismo. Hay consecuencias. No puedes talar los árboles de una ladera sin provocar una inundación. Decimos que no es posible separar la muerte de él de la vida de ella, o de lo que él había hecho, a esa vida o a la parte de ella que el había utilizado. Decimos que si se cambia el curso del río se cambia la forma de todo el paraje. Y decimos que lo que ella hizo entonces no puede separarse de lo que ella estimaba como sagrado en ella misma, lo que ella había sentido cuando él la trataba, lo que nosotras estimamos sagrado en nosotras mismas, lo que nos resulta imprescindible. Y decimos que si este río desaparece de este lugar, no crecerá ya nada y la montaña se desmoronará, y decimos que lo que él le hacía a ella no puede separarse de la manera en que la miraba, y lo que él creía justo hacerle, y lo que ellos nos hacen, decimos, va conformando su propia manera de vernos. Que una vez que se talen los árboles, el agua arrastrará a la montaña y el río se llenará de lodo, habrá inundación. Y decimos que lo que él le hizo a ella también nos lo hizo a todas. Y que un acto no puede separarse de otro. Y si él hubiera visto con mayor claridad, decimos, quizás hubiera previsto su propia muerte. Que si los árboles crecieron sobre esa ladera no habría inundación. Y no puedes desviar el río. Decimos, mira como el agua fluye desde este lugar y regresa como lluvia, todo regresa, decimos, y una cosa le sigue a otra, hay límites, decimos, sobre lo que puede hacerse y todo está en movimiento. Todos somos parte del movimiento, decimos, y el río es sagrado, y esta arboleda es sagrada, y nosotras mismas, te decimos, somos sagradas.

TESTIMONIO

...sufrí mucho yo...

“Sufrí mucho yo, porque se me viene a mi memoria que cuando yo tenía ocho años, me dieron a una señora que no tenía hijos. Yo le lavaba los trastes, le hacía los mandados, o lo que la señora me mandara. No me pagaba nada, yo vivía ahí mismo. Me tuvo con ella tres años y luego yo me escapé, porque como la señora ya estaba grande, luego le daba por pegarme y además no me dejaba salir...” (Hermelinda F.)

“Los niños no se portan bien conmigo... A veces me insultan, me dan de patadas, me dicen de groserías. Y ni siquiera le puedo decir a la señora porque pues ‘todo lo que hacen ellos está bien hecho’...” (Magdalena M.)

